

térvalos los centinelas de Ibrahim que se pasean por ellas mirando el mar.

La casa es mucho mas hermosa que la que acabo de alquilar. Todas las paredes están cubiertas de mármoles admirablemente esculpidos; surtidores de agua eternos murmuran en medio de las piezas del piso bajo, y largos balcones enrejados y salientes que dan la vuelta á los pisos superiores, permiten á las mugeres pasar, sin ser vistas, los dias y las noches á cielo raso, y recrear sus miradas en el admirable espectáculo del mar, de las montañas y de las animadas escenas del puerto. El Turco, dueño de la casa, me ha recibido perfectamente; me ha prodigado los sorbetes, las pipas y el cafe, y él mismo me acompañó á todas las piezas, despues de haber enviado á un eunuco negro á prevenir á sus mugeres que se retirasen á un pabellon del jardin; pero cuando llegamos á su habitacion ó haren, todavía no se habia ejecutado esta orden, y vimos cinco ó seis jóvenes, unas de quince á diez y seis años á lo mas, otras de veinte á treinta, en aquel lindo y hermoso traje de las mugeres árabes, y en todo el desorden de su atavio casero, que se levantaban precipitadamente de sus esteras y de sus divanes, las piernas al aire y descaldas, unas tapándose la cara con un velo, otras llevando en los brazos criaturas de pecho, con

toda la vergüenza, con toda la confusion naturales en semejante sorpresa; metiéronse en un corredor oscuro y el eunuco se puso á la puerta. El comerciante árabe no pareció en manera alguna incomodado por aquella circunstancia, y visitamos todas las piezas interiores del haren, como hubiéramos podido visitar una casa de Europeos.



VISITA A LADY ESTER STANHOPE.

Lady Ester Stanhope, sobrina del célebre ministro M. Pitt, despues de la muerte de su tio, dejó la Inglaterra y recorrió la Europa. Joven, hermosa y rica, en todas partes fué recibida con el agasajo y el interés que debian merecerle su clase, su caudal, su talento y su hermosura, pero siempre se negó á unir su suerte á la de sus mas dignos admiradores, y despues de haber pasado algunos años en las principales capitales de Europa, se embarcó con una numerosa comitiva para Constantinopla. Nunca se ha sabido el motivo de aquella espatriacion; unos la han atribuido á la muerte de un joven general inglés,

muerto por entonces en España, y que un eterno dolor debia conservar siempre presente en el corazon de lady Ester ; otros á una simple afición á aventuras que el caracter animoso y emprendedor de aquella joven hacia probable en ella. Como quiera que sea, púsose en camino, pasó algunos años en Constantinopla y se embarcó en fin para la Siria en un buque inglés que llevaba tambien la mayor parte de sus tesoros, y valores inmensos en alhajas y regalos de toda especie.

Asaltó al buque una tempestad en el golfo de Macri, en la costa de Caramania, en frente de la isla de Rodas, y fué á estrellarse en un arrecife á pocas millas de la playa. El buque se hizo pedazos y los tesoros de lady Stanhope fueron á fondo ; ella se salvó de la muerte á duras penas, y fué llevada en una tabla á una isleta desierta donde pasó veinticuatro horas sin alimentos ni socorros hasta que al fin unos pescadores de Marmoriza, que buscaban los despojos del naufragio, la descubrieron y la llevaron á Rodas, donde se hizo reconocer por el consul inglés. No entibió su resolucion aquel fatal suceso ; volvióse á Inglaterra pasando por Malta, reunió los restos de su hacienda, vendió una parte de sus bienes, cargó un segundo buque de riquezas y de regalos para las regiones que se proponia recorrer, y dió la vela. Despues de una feliz travesía, de-

sembarcó en Latakié, la antigua Laodicea, en la costa de Siria, entre Trípoli y Alejandreta : establecióse en las cercanías, aprendió el árabe, se rodeó de todas las personas que podian facilitarle relaciones con las diferentes poblaciones árabes, drusas y maronitas del pais, y se preparó, como yo, á hacer viages y descubrimientos en las partes menos accesibles de la Arabia, de la Mesopotamia y del desierto.

Luego que se familiarizó bien con la lengua, el trage, las costumbres y los usos de los paises, organizó una numerosa caravana, cargó algunos camellos de ricos regalos para los Arabes, y recorrió todas las partes de la Siria. Residió en Jerusalem, en Damasco, en Alepo, en Koms, en Balbeck y en Palmira ; hallándose en esta última residencia fué cuando las numerosas tribus de Arabes errantes que le habian facilitado la entrada en aquellas ruinas, reunidas en número de cuarenta ó cincuenta mil personas, y prendadas de su hermosura, de su gracia y de su magnificencia, la proclamaron reina de Palmira, y le espidieron cédulas en virtud de las cuales todo Europeo protegido por ella podria visitar con toda seguridad el desierto y las ruinas de Balbeck y de Palmira, con tal que se obligase á pagar un tributo de mil piastras. Este tratado existe todavía, y los Arabes le cumplirian fielmente si se les die-

sen pruebas positivas de la proteccion de lady Stanhope.

Sin embargo, á su vuelta de Palmira, estuvo á punto de ser robada por una numerosa tribu de Arabes, enemigos de los de Palmira. Avisóselo á tiempo uno de los suyos, y debió su salvacion y la de su caravana á una marcha forzada de noche, y á la velocidad de sus caballos que anduvieron un espacio increíble por el desierto en veinticuatro horas. Volvió entonces á Damasco, donde residió algunos meses bajo la proteccion del bajá turco á quien la Puerta la habia recomendado con empeño.

Despues de una vida errante por todas las provincias del Oriente, lady Ester Stanhope se fijó por fin en una soledad casi inaccesible en la cima de una de las montañas del Libano, cercana á Saide, la antigua Sidon. El bajá de San Juan de Acre, Abdala-Bajá, que le profesaba el mayor respeto y un afecto ilimitado, le concedió los restos de un convento y la aldea de Djioun, poblada por Drusos: lady Ester hizo construir varias casas, rodeadas de una muralla, por el estilo de nuestras fortificaciones de la edad media, formó artificialmente un delicioso jardin, al uso de los Turcos, — jardin lleno de flores y de frutas, de emparrados y de kioskos enriquecidos con esculturas y pinturas arabescas,—aguas corrientes

en tageas de marmol, surtidores de agua viva en medio de los kioskos, — bóvedas de naranjos, de higueras y de limoneros. Allí vivió lady Stanhope algunos años con un lujo enteramente oriental, rodeada de gran número de dragomanes europeos ó árabes, de un numeroso séquito de mugeres, de esclavos negros, y en relaciones de amistad y aun de política con la Puerta, con Abdala-Bajá, con el emir Beschir, soberano del Libano, y sobre todo con los jeques árabes de los desiertos de Siria y de Bagdad.

Pronto su caudal, considerable todavía, disminuyó de resultas del trastorno de sus negocios ocasionado por su ausencia, y se halló reducida á seis ó siete mil duros de renta que todavía bastan en este pais para el tren de vida que lady Stanhope tiene precision de conservar. Con el tiempo las personas que la vinieron acompañando de Europa murieron ó se ausentaron; la amistad de los Arabes, que es preciso estar siempre fomentando con regalos, se entibió; las relaciones se hicieron menos frecuentes, y lady Ester cayó en el completo aislamiento en que yo la encontré: — pero entonces cabalmente fué cuando mas manifestó el heróico temple de su caracter, toda la energía, toda la constancia de resolucion de aquella alma. No pensó en volverse atrás; no dió una sola lágrima al mundo ni á lo

pasado ; no flaqueó bajo el abandono, bajo el infortunio, bajo la perspectiva de la vejez y del olvido de los vivos ; quedóse sola donde todavía está, sin libros, sin periódicos, sin cartas de Europa, sin amigos, hasta sin criados, rodeada solo de algunas negras y de algunos niños esclavos negros, y de cierto número de labradores árabes para cuidar su huerto, sus caballos, y atender á su seguridad personal. Se cree generalmente en el país, y mis relaciones con ella me mueven á mí tambien á creer, que halla la fuerza sobrenatural de su alma y de su resolucion, no solo en su caracter, mas tambien en la exaltacion de sus ideas religiosas, en las que el iluminismo de Europa se halla confundido con algunas creencias orientales y sobre todo con las maravillas de la astrología. Sea como quiera, lady Stanhope es un gran nombre en Oriente, y un grande asombro para Europa ⁴. Hallándome tan cerca de ella, deseaba verla : su pensamiento de soledad y meditacion tenia tanta simpatía aparente con mis propios pensamientos, que quise averiguar qué puntos de contacto habia tal vez entre nosotros ; pero nada es mas difícil para un Europeo que ser admitido á su presencia, pues se niega á toda

⁴ Hace algunos años que los periódicos ingleses y franceses han nunciado la muerte de esta muger extraordinaria. — N. del T.

comunicacion con los viajeros ingleses, con las mugeres y hasta con los individuos de su familia. Poca esperanza tenia yo pues de serle presentado, y no llevaba ademas para ella ninguna carta de recomendacion; pero sabiendo que conservaba algunas relaciones con los Arabes de la Palestina y de la Mesopotamia, y que una recomendacion de su puño cerca de aquellas tribus podria serme de suma utilidad en mis futuras correrías, tomé el partido de enviarle un Arabe portador de esta carta :

« Milady,

« Viagero como vm., estrangero como vm. en el Oriente, adonde, como vm., solo vengo á buscar el espectáculo de su naturaleza, de sus ruinas y de las obras de Dios, acabo de llegar á Siria con mi familia, y contaré en el número de los dias mas interesantes de mi viage el dia en que conozca á una muger que es una de las maravillas de este Oriente que vengo á visitar.

« Si tiene vm. la bondad de recibirme, sírvase hacerme saber el dia que mas le convenga, y decirme si debo ir solo, ó si puedo llevarle á vm. algunos de mis amigos que me acompañan y que no apreciarian menos que yo el honor de serle á vm. presentados.

« Deseo, milady, que esta súplica no fuerce en

nada su cortesía de vm. á concederme lo que pueda repugnar á sus hábitos de retiro absoluto. Comprendo harto bien el precio de la libertad y el encanto de la soledad, para no comprender su negativa de vm. y para no respetarla.

« Quedo de vm., etc. »

No aguardé mucho tiempo la respuesta; el 50 á las tres de la tarde, el caballero de lady Stanhope, que es al mismo tiempo su médico, llegó á mi casa con orden de acompañarme á Djioun, residencia de aquella muger extraordinaria.

A las cuatro de la tarde nos pusimos en camino, yo, el doctor Leonardi, M. de Parseval, un criado y un guia, todos á caballo. Atravesé, á media hora de Berut, un bosque de pinos magníficos plantados por el emir Fakardin sobre un alto promontorio, cuya vista se estiende á la derecha sobre el tempestuoso mar de Siria, y á la izquierda, sobre el magnífico valle del Líbano, — punto de vista admirable, donde las riquezas de la vegetacion del occidente, la vid, la higuera, la morera, el álamo piramidal, se unen á algunas enhiestas columnas de palmeras del Oriente, cuyas anchas hojas hacia ondear el viento como un penacho sobre el fondo azul del firmamento. A pocos pasos de allí, se entra en una especie de desierto de arena roja acumulada en enormes y

movibles olas como las del océano. — Hacia una tarde de recia brisa, y el viento las surcaba, las encrespaba, las revolvia como encrespa y revuelve las olas del mar. — Aquel espectáculo era nuevo y triste como una aparicion del verdadero y vasto desierto que pronto iba yo á recorrer. — Ninguna huella de hombres ni de animales subsistia sobre aquella ondulosa arena; solo nos guiábamos por el rugido de las olas á un lado y al otro por las transparentes cumbres del Líbano. — Pronto hallamos una especie de camino ó sendero sembrado de enormes peñones angulares. — Aquel camino, que sigue el mar hasta Egipto, nos condujo hasta una casa arruinada, resto de una antigua torre fortificada, donde pasamos las sombrías horas de la noche, tendidos sobre una estera y embozados en nuestras capas. — Apenas salió la luna, volvimos á montar á caballo. — Hacia una de aquellas noches en que el cielo está todo cubierto de estrellas, en que parece que la mas perfecta serenidad reina en aquellas profundidades etereas que contemplamos desde esta tan baja hondura, pero donde la naturaleza al rededor nuestro parece que gime y se retuerce en siniestras convulsiones. — El desolado aspecto de la costa contribuía á agravar, hacia algunas leguas, esta penosa impresion. — Habiamos dejado á nuestra espalda,

con el crepúsculo, las hermosas laderas sombreadas, los verdes valles del Líbano. — Asperas colinas, sembradas de arriba á abajo de piedras negras, blancas y grises, reliquias de antiguos terremotos, se alzaban al lado de nosotros; á nuestra izquierda y á nuestra derecha, el mar, agitado desde por la mañana por una sorda tempestad, desarrollaba sus ponderosas y amenazantes olas, que veíamos venir de lejos por la sombra que proyectaban delante de ellas, que azotaban luego la ribera, lanzando cada cual su trueno, y prolongaban en fin su ancha é hirviente espuma hasta el lindero de húmeda arena por donde caminábamos, inundando cada vez los cascotes de nuestros caballos y amenazando arrastrarnos consigo; — una luna, tan brillante como un sol de invierno, derramaba bastantes rayos de luz sobre el mar para descubrirnos su furor, y no suficiente claridad sobre el suelo que pisábamos para tranquilizar la vista en punto á los riesgos del camino. — Pronto el resplandor de un incendio se mezcló sobre la cima de las montañas del Líbano con las brumas blancas ó sombrías de la mañana, y derramó sobre toda aquella escena una tinta falsa y cenicienta, que no es ni el día ni la noche, que no tiene ni el brillo del uno ni la serenidad de la otra; hora triste á la vista y al pensamiento, lucha de dos princi-

píos contrarios de que la naturaleza suele ofrecer el doloroso espectáculo, y que con mas frecuencia hallamos en nuestro propio corazón. — A las siete de la mañana, con un sol abrasador, salíamos de Saide, la antigua Sidon, que se avanza sobre las olas como un glorioso recuerdo de una dominación pasada, y trepábamos unos cerros calizos, desnudos, desgarrados, que, alzándose de piso en piso, nos llevaban á la soledad que en vano buscábamos con los ojos. A cada cerro que subíamos, descubrimos otro mas alto que era preciso torcer ó subir; las montañas se encadenaban con las montañas, como los eslabones de una cadena, no dejando entre sí mas que profundas barrancas sin agua, blanqueadas, sembradas de peñones grises. Esas montañas están completamente despojadas de vegetación y de tierras: son esqueletos de colinas que las aguas y los vientos han roído hace muchos siglos. — No me esperaba yo ciertamente á hallar allí la morada de una muger que ha visitado el mundo, y que ha podido escoger su retiro en todo el universo. — En fin, desde lo alto de uno de aquellos pelados riscos tendí la vista sobre un valle mas profundo, mas ancho, limitado por todos lados por montañas mas magestuosas, pero no menos estériles. En medio de aquel valle, como la base de una ancha torre, nacia la mon-

taña de Djioun, y se redondeaba en bancos de rocas circulares que, adelgazándose á medida que se acercaban á sus cimas, formaban enfin un llano de algunos centenares de toesas de anchura y se coronaban de una graciosa y verde vegetacion. — Una tapia blanca, flanqueada de un kiosko en uno de sus ángulos, rodeaba aquella masa de verdura. — Aquella era la morada de lady Ester : á las doce del día llegamos á ella. La casa no es lo que se llama así en Europa, — no es siquiera lo que se llama casa en Oriente ; es una estraña y confusa reunion de diez ó doce casitas, cada una de las cuales no contiene mas que una ó dos piezas en el piso bajo, sin ventanas, y separadas unas de otras por pequeños patios ó jardines, conjunto en un todo semejante al aspecto de esos pobres conventos que se hallan en Italia ó en España sobre las altas montañas y pertenecen á órdenes mendicantes. — Segun su costumbre, lady Stanhope no se dejaba ver antes de las tres ó las cuatro de la tarde, por lo que, para esperarla, nos llevaron á cada uno á una especie de celda estrecha, sin luz y sin muebles. Sirviéronnos de almorzar y nos tendimos sobre un divan aguardando á que se despertase la invisible señora de aquella romántica morada. — Quedéme dormido, y á las tres entraron á despertarme para anunciarme que me es-

peraba milady : — atravesé un patio, un jardin, un bellissimo kiosko, luego dos ó tres corredores oscuros, y fuí introducido por un negrilla de seis á ocho años en el gabinete de lady Ester. — Reinaba en él una oscuridad tan profunda que apenas pude distinguir las facciones nobles, graves, dulces y magestuosas de la blanca figura que, en traje oriental, se levantó del divan y se adelantó alargándome la mano. Lady Ester parece tener unos cincuenta años ; sus facciones son de aquellas que los años no pueden alterar ; la frescura, los colores, la gracia se van con la juventud, pero cuando la belleza reside en la forma misma, en la pureza de las líneas, en la dignidad, en la magestad, en el pensamiento de un semblante de hombre ó de muger, la belleza cambia en las diferentes épocas de la vida, pero no pasa. — Tal es la de lady Stanhope. — Llevaba en la cabeza un turbante blanco, en la frente una venda ó tira de lana de color de púrpura que le caía por ambas sienas sobre los hombros. Un largo chal amarillo de Cachemira, un inmenso ropage turco de seda blanca, con mangas bobas, rodeaban toda su persona en sencillos y magestuosos pliegues, y solamente se veía en la abertura que dejaba aquella primera túnica sobre su pecho, un segundo vestido de tejido de lana de Persia, floreado, que subia has-

ta el cuello prendido con un broche de perlas. Unos borceguies turcos de taflete amarillo bordado de seda completaban aquel hermoso trage oriental que ella manejaba con la soltura y la gracia de una persona que nunca ha usado otro desde su juventud.

— De muy lejos ha venido vm. para ver á una ermitaña, me dijo ; sea vm. bien venido ; recibo pocos estrangeros, uno ó dos todo lo mas al año, pero su carta de vm. me ha gustado, y he deseado conocer á una persona que ama, como yo, á Dios, la naturaleza y la soledad. Una secreta voz me decia ademas que nuestras estrellas son amigas, y que nos convendriamos mutuamente : veo con placer que mi presentimiento no me ha engañado, y sus facciones de vm., el solo ruido de sus pisadas mientras atravesaba vm. ese corredor, me han hecho conocerle á vm. lo bastante para que no me arrepienta de haber querido verle.

— Sentémonos y hablemos.—Ya somos amigos.

— ¿Cómo, le dije, milady, honra vm. tan pronto con el título de amigo á un hombre cuyo nombre y cuya vida le son completamente desconocidos? Vm. ignora quien yo soy. — Es verdad, repuso ; no sé ni lo que vm. es segun el mundo, ni lo que ha hecho mientras ha vivido entre los hombres ; pero sé ya lo que es vm. delante de Dios. No me tome vm. por una loca, como me

llama muchas veces el mundo, pero no puedo resistir á la necesidad de hablarle á vm. con el corazon en la mano. Hay una ciencia, perdida hoy en Europa, ciencia que nació en Oriente, donde nunca ha perecido y donde todavía vive.

— Yo la poseo.— Yo leo en los astros.— Todos somos hijos de alguna de esas celestes luminarias que presidieron á nuestro nacimiento, y cuya feliz ó maligna influencia está escrita en nuestros ojos, en nuestras frentes, en todas nuestras facciones, en los lineamentos de nuestra mano, en la forma de nuestro pie, en nuestros ademanes, en nuestro porte ; no hace mas que un minuto que le estoy viendo á vm., y sin embargo le conozco como si hubiéramos vivido juntos un siglo. — ¿Quiere vm. que le revele á sí mismo? — ¿Quiere vm. que le prediga su destino? — Guárdese vm. de hacerlo, milady, le respondí sonriendo ; no niego lo que ignoro ; no aseguraré que en la naturaleza visible é invisible en que todo se enlaza, todo se encadena, seres de un orden inferior, como el hombre, no están bajo la influencia de seres superiores, como los astros ó los ángeles, pero no tengo necesidad de su revelacion para conocerme á mí mismo, — corrupcion, debilidad, miseria! — Y en cuanto á los arcanos de mi destino futuro, temeria profanar á la Divinidad, que me los oculta, si se los